

Comedia de equivocaciones del hexámetro latinizante: de Virgilio a Rubén Darío

Era la velada memorable del 28 de marzo de 1905 en el Ateneo madrileño. Rubén Darío leía uno de sus poemas más fulgurantes. En *Salutación del Optimista* elevaba un canto a la unidad cósmica de las *íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda*.

Pero la *Salutación* de Darío palpitaba con un ritmo inquietante, insólito en nuestra lengua. La clave de ese ritmo la daba Rubén mismo:

*y en la caja pandórica, de que tantas desgracias surgieron,
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirlo en su verso Virgilio divinó...*

Eran los hexámetros de 'Virgilio divino', de Ovidio, de Lucrecio, de Horacio, trasladados al castellano casi por primera vez en nuestra lengua.

Porque, aunque parezca paradójico, el ritmo más majestuoso de la historia, el hexámetro dactílico (que los dioses enseñaron a Homero), aquel por el cual Tennyson proclamaba a Virgilio

*wielder of the stateliest measure
ever moulded by the lips of men,*

no era frecuente en español. El hexámetro tenía cabida en inglés, en alemán y en italiano pero, todavía a principios de este siglo, era insólito en español.

Ahora bien, para saber de qué tratamos, conviene recordar las características del hexámetro. El hexámetro en griego y en latín consta de seis pies dactílicos cuantitativos, y su esquema es el siguiente:

—UU/—UU/—UU/—UU/—UU/—
1 2 3 4 5 6

Uno o varios de los cuatro primeros pueden ser sustituidos por espondeos y el sexto siempre lo es. Su multiplicidad de largas (—) y/o breves (UU) le dan gran flexibilidad. Su sonoridad puede ilustrarse con este pasaje de la Eneida:

*Sic fatus validis ingentem viribus hastam
in latus inque feri curvam compagibus abom
contorsit. Stetit illa tremens, uteroque recuso
insonuere cavae gemitumque dedere cavernae.* (II, 50-4)

Los hexámetros españoles de Rubén Bonifaz Nuño, no menos bellos que fieles, traducen así estos versos:

Habiendo hablado así, la ingente lanza con fuerzas robustas,
contra el flanco de la fiera y, curvo en sus junturas, el vientre,
arrojó. Se hincó ella temblando y, el vientre golpeado,
resonaron, huecos, y un gemido las cavernas lanzaron.

Las lenguas modernas, por su parte, han conservado del hexámetro clásico la medida oscilante entre trece y diecisiete sílabas, la cesura o pausa intermedia móvil, y el final acentual adonio, como en "vientre golpeado". En este ensayo pretendo rastrear las diversas interpretaciones estructurales y acentuales que este metro ha resistido en las principales lenguas modernas.

Precusores latinizantes de Rubén Darío

El más osado precursor del hexámetro latinizante de Darío en el siglo diecinueve es José Eusebio Caro, el colombiano que, entre los fuegos de las revoluciones libertarias iberoamericanas alternaba hexámetros con endecasílabos en un intento por vigorizar al lenguaje poético.

Un erudito antecesor hexamétrico de Rubén fue Sinibaldo de Mas. Este maduro clasicista ilustró su *Sistema musical de la lengua castellana* con su traducción de la *Eneida* en hexámetro castellano publicada en 1852. (Tal hazaña —debe saberse— ha sido emulada y superada por "el Rubén mexicano", el poeta Rubén Bonifaz Nuño, en sus versiones de los tres volúmenes de Virgilio, todos ellos en hexámetros castellanos.) Y no menos erudito fue Juan Gualberto González, quien en 1844 editaba en Madrid sus traducciones hexamétricas de Horacio, de Ovidio y de las *Eglogas* de Virgilio. Por último, el más remoto y genial precursor castellano de los hexámetros del Rubén de Nicaragua fue Esteban Manuel de Villegas con aquella *Egloga en hexámetros* de 1617, de tan regalado estro virgiliano.

*Lícidas y Coridón, Coridón el amante de Filis,
pastor el uno de cabras, el otro de blancas ovejas,
ambos a dos tiernos, mozos ambos, arcades ambos,
viendo que los rayos del sol fatigaban el orbe
y que vibrando fuego feroz la canícula ladra,
...
al tronco de un verde enebro se sientan amigos...*

Yo siempre me he preguntado cómo versos de un aire tan majestuosamente flexible como estos hexámetros de Villegas no encontraron imitadores en nuestra lengua durante dos siglos, antes de los citados Mas, Caro, González y Darío. Y eso que Villegas ensayó también la combinación del hexámetro con el pentámetro en dos epigramas dísticos.

*¿Cómo al monte sigues a Diana, dijo Citeres,
Dictina hermosa, siendo la caza fea?*

*No me la desprecies, Ciprida, responde Diana;
tú también fuiste caza: la red lo diga.*



Comienza la comedia de equivocaciones

Conque, ¿por qué tan pocos hexámetros castellanos durante los siglos XVII, XVIII y XIX? ¿Y por qué, en cambio, tantos hexámetros en el XX, debidos a Darío, a Guillermo Valencia, a Alfonso Reyes, a Maristany, a Montoliu, a Sabat Ercasty, a Gabriel Méndez Plancarte y a su hermano Alfonso, a Bonifaz Nuño, a quien esto escribe y a tantos otros?

La razón de ello, según yo la veo, es teórica. Los poetas de los siglos pasados no solían decidirse a utilizar una versificación cuyas bases estaban en debate, quizá por miedo a que, al ser atacada una teoría prosódica, fueran menospreciados a un tiempo los versos escritos conforme a ella.

Pero en el siglo veinte, cuando nos vemos ametrallados por dondequiera con toda clase de versos, fijos o libres, ya se puede practicar cualquier métrica sin riesgo de ser atacado por los críticos inteligentes.

¿Y cuál es el problema teórico de la métrica latinizante?

Es el problema de cómo trasladar a los idiomas modernos, que sólo conocen versos acentuales, la prosodia del latín y del griego, que es fundamentalmente cuantitativa.

Es fundamental la solución dada por el Pinciano en su *Filosofía Antigua Poética* (1596): "Consideremos el número de sílabas que tienen, y las partes donde colocan sus acentos, y haremos sus versos (latinos) nuestros".

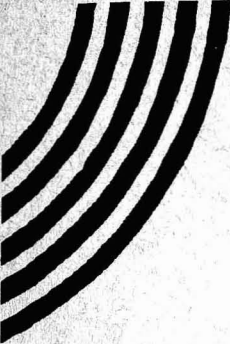
De esta aseveración parte la métrica latinizante toda, pero parte también la comedia de equivocaciones.

Comencemos por recordar que, a cuatro siglos de distancia, todavía el sesudo Samuel Gili Gaya interpreta equivocadamente la tesis del Pinciano: "Alfonso López Pinciano había hablado de la posibilidad de imitar en castellano los versos latinos, sustituyendo las sílabas largas por sílabas acentuadas".

Por el contrario, podría afirmarse que la intención del Pinciano era, justamente, nunca sustituir sílabas largas con acentuadas. Lo que propone, en realidad, es que se olviden en castellano las cantidades y se imite empíricamente la acentuación latina.

Críticas a Villegas

El crítico español Narciso Alonso Cortés intenta, en pleno siglo veinte, desmoronar como castillo de arena el centenar de sonantes hexámetros que elevó Esteban Manuel de Villegas. Ha reconocido, de entrada, en su Prólogo a las *Eróticas* editadas por Espasa, que "la *Egloga en hexámetros* tiene particular encanto que en vano se ha querido negar". Pero acaba rechazando la cantidad silábica que Villegas defendía, y machaca la rutinaria afirmación de que "la única teoría posible en este punto es la explanada por el Pinciano en su *Filosofía Antigua Poética*". Todavía cree haber dicho poco, y concluye olímpicamente: "y con su aplicación nada ganaría la métrica castellana".



Esa sentencia dictatorial me recuerda la posición de aquellos teóricos musicales, que encontraban errores de armonía en Juan Sebastián Bach. ¿Habrá que juzgar a los genios creadores según los caprichos de los teóricos, o más bien a los teóricos según las creaciones de los genios?

Habla Menéndez y Pelayo

Pasemos con el maestro Menéndez y Pelayo, quien descabeza al poeta italiano Claudio Tolomei porque ha intentado versos basados en cuantidades y no en acentos. Escribe don Marcelino: "¿Acaso en alguna lengua pueden sonar como versos estas líneas? :

*Passa ogn' altra vaga donna di gratia
et beltade rara questo mio bel sole,
che posto il nido Amore
s'ha nel mezzo dei suoi lumi*

*Vence a toda bella dama por gracia
y belleza rara aqueste mi bello sol,
pues puso Amor su nido
en el medio de sus lumbres).*

Y concluye el crítico: "Y el autor los llamaba asclepiadeos, y se jactaba de poder distinguir la cantidad de cada sílaba, como si fuera un verso latino."

Casi por única vez, Menéndez y Pelayo olvidó aquí, como lo hizo al condenar a Góngora, que se puede hacer arte con los más variados recursos. Y que se puede lograr belleza hasta partiendo de errores teóricos. Con mayor razón si se parte de la tesis de que hay cantidad silábica en castellano, tesis que también sostenía Villegas, que suscribía Darío, y que ha sido confirmada por la Fonética experimental de nuestros días gracias a los registradores electrónicos de laboratorio.

Se ha descubierto igualmente en el laboratorio que, cuando leemos versos tradicionales, tendemos a una nivelación isosilábica. Pero nadie debe excluir la posibilidad de que nos dejemos mecer por la espléndida oscilación polirrítmica del hexámetro en lenguas modernas, tal como nos dejamos mecer por el hexámetro griego y latino.

Highet ante Goethe y Longfellow

Gilbert Highet, en su monumental *The classical tradition*, luego de hacer un elogio de las *Elegías romanas* de Goethe, en dísticos elegíacos, y una crítica de la excesiva sencillez pastoril de los nueve libros en hexámetros de su *Hermann und Dorothea*, censura también la monotonía de los dísticos elegíacos de su *Xenia*, inspirados en Marcial y coproducidos con Schiller. Y ataca después el problema métrico: "El punto flaco de estos poemas es su

versificación. Los poetas alemanes habían estado experimentando desde hacía algún tiempo con adaptaciones de los metros clásicos; el célebre Friederich Gottlieb Klopstock produjo una gran sensación con los tres primeros cantos de su *Mesías* en hexámetros (1748). Goethe gustaba del dístico elegíaco. . . Pero nunca consiguió hacerlo tan musical como era en griego y en latín. Esto se debe en parte a la naturaleza de la lengua alemana, que en los poemas de versos largos suena pesada y enmarañada."

Luego, ya que Highet ha atacado a la lengua alemana en bloque, pasa a ajusticiar al propio Wolfgang: "(Esta inarmonía) en parte se debe también a que Goethe usa con demasiada flojedad este difícil metro que (como habían descubierto los romanos después de los primeros experimentos desafortunados) tiene que emplearse con toda precisión para producir su máximo efecto,"

Y ya era hora de comenzar con las equivocaciones. Highet afirma: "Un pie correspondiente al espondeo (pues el dístico consta de dáctilos y espondeos) es rarísimo en una lengua moderna, puesto que debe constar de dos sílabas acentuadas una tras otra. Dos monosílabos enfáticos podrán producir ese efecto; pero poquísimas palabras disílabas lo pueden lograr. Por eso el poeta que adapta ese metro al alemán, al inglés o al español, tiende a usar como espondeo cualquier palabra disílaba, dejando al cuidado del lector el retardar el tiempo lo bastante para mantener la marcha regular de dáctilos y espondeos. Pero este es un esfuerzo excesivo aun para quienes tienen en la cabeza el ritmo del hexámetro".

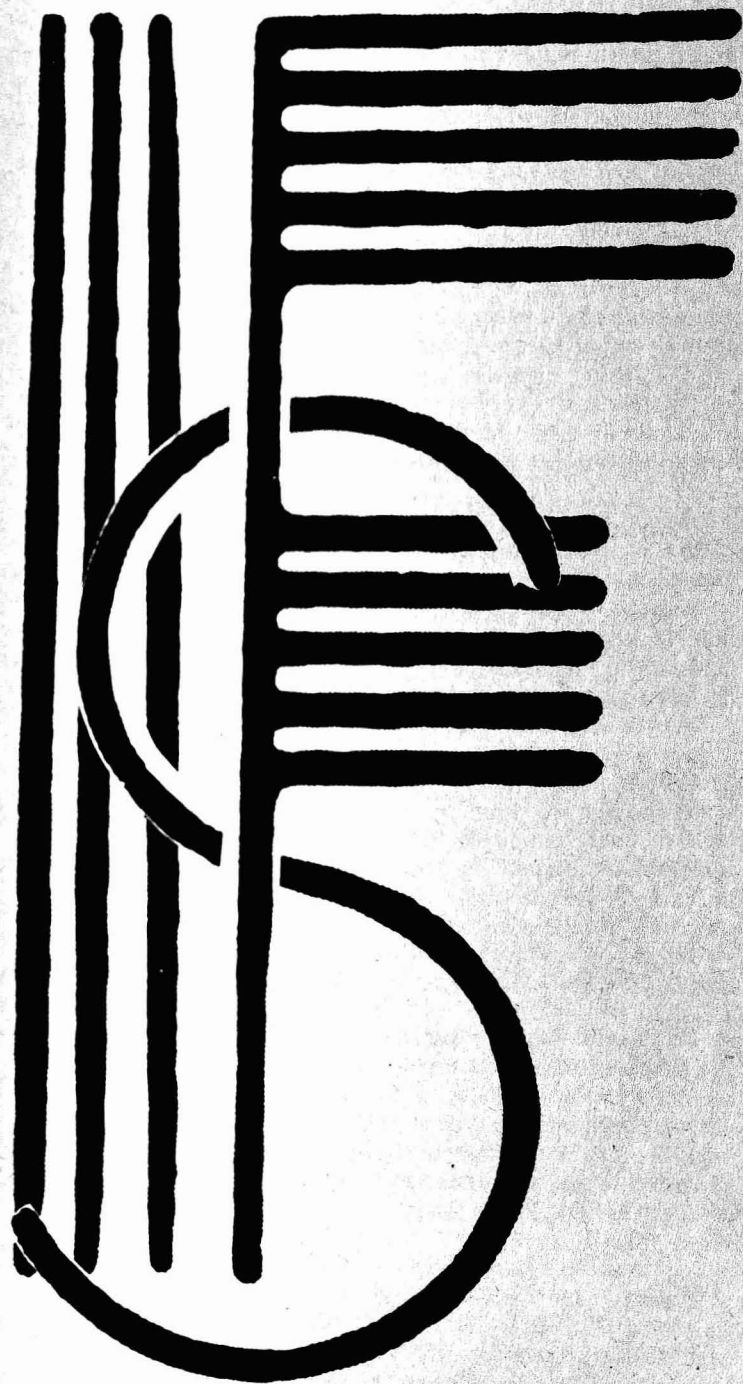
Highet no descansa hasta dar la puntilla a Goethe: "Hay en las *Elegías romanas* de Goethe muchos versos que sólo los eruditos clásicos pueden leer con conocimientos de causa, y que ningún erudito clásico puede leer con deleite."

Comentando las afirmaciones de Highet, yo precisaré que, aunque las sílabas acentuadas de las lenguas modernas son las que más fácilmente reproducen sílabas largas clásicas, no son las únicas que pueden lograrlo. También las imitan las sílabas densas de sonidos o solemnes de expresión. Y así, cuando Highet ilustra su posición con los primeros versos de la *Evangeline*, de Longfellow, afirma que el verso 4,

Stand like harpers hoar, with beards that rest in their bosoms,
no puede considerarse espondeico, sino trocaico. Esto es, que no puede admitirse que haya en él cinco grupos acentuales binarios capaces de alternarse con los ternarios del verso inicial:

This is the forest primeval. The murmuring pines and the hemlocks. . .

Highet parece haber olvidado aquí que el encanto acentual del hexámetro radica precisamente en su polirritmia. Que su cadencia es muy semejante al ritmo libre del Canto Gregoriano, depurado género musical que imitan todavía hoy Messiaën, Respighi y Bloch, y cuya libertad de acentuación oscila siempre entre grupos de dos



y grupos de tres tiempos. Si además, los grupos de dos tiempos son más consonánticos o más majestuosos que los de tres tiempos, se logra un magnífico equilibrio entre pies rítmicos ternarios, ágiles, y binarios, pausados.

Ponga a prueba el lector mismo el pasaje inicial de la *Evangeline* de Longfellow y se sentirá envuelto en el oleaje de su ritmo:

*This is the forest primeval. The murmuring pines and the
hemlocks,
bearded with moss, and in garments green, indistinct at
the twilight
stand like Druids of old, with voices sad prophetic,
stand like hapers hoar, with beards that rest in their bosoms.
Loud from its rocky caverns, the deep-voiced neighbouring ocean
speaks, and in accent disconsolate answers the wail of the forest.*

Lea ahora mi versión literario-literal, y notará que no hay una sustancial diferencia entre el ritmo acentual inglés y el castellano:

*Este es el prístino bosque. Murmuran los pinos y abetos;
el musgo es barba, y su manto es verde, indistinto al ocaso,
cual Druidas están, con tristes voces proféticas,
como arpistas canos, con la barba en el pecho.*

*Desde rocosas cavernas, el mar cercano en voz grave
habla, y su acento angustiado responde a la queja del bosque.*

» Fue tan popular este poema idílico, que Joaquín D. Casasús construyó en 1884 una fatigosa traducción libre del mismo en estrofas de seis versos, escrupulosamente rimadas. Así don Joaquín hizo entrar en la rutina de la versificación usual en el México romántico un poema que, como *Evangeline*, cuenta con la versificación latinizante jamás rimada, como su máximo acierto.

Y pensar que Ignacio Altamirano, que había sido maestro de Casasús, llegó a escribir en el prólogo a la traducción en cuestión, que "el hexámetro dactílico inglés constituye un problema para el traductor a una lengua neolatina, pues no tenemos en español un metro equivalente, y hay que encerrarlo en el endecasílabo".

No es de extrañar tal ignorancia (o pereza) en Altamirano, si apenas ayer, en 1961, Aurelio Espinosa Pólit reniega de los "supuestos hexámetros castellanos". Pero para desmentirlos basta recordar las palabras que escribió Rubén Darío en 1905 al preludiar sus *Cantos de vida y esperanza*: En todos los países cultos de Europa se ha usado el hexámetro absolutamente clásico sin que la mayoría letrada y, sobre todo, la minoría leída se asustasen de semejante manera de cantar. En Italia ha mucho tiempo, sin citar a los antiguos, que Carducci (desde 1873) ha autorizado los hexámetros... los mismos versos en que Horacio dijo sus mejores pensamientos."



La lucidez de Alfonso Méndez Plancarte

Por encima del mar de confusiones que hemos venido analizando aquí, sobrenada el doctor Méndez Plancarte, evitando la mayor parte de las confusiones cuando divide en tres sistemas la versificación latinizante en lenguas modernas (*XL Odas selectas de Horacio* UNAM, 1946). Llama *cuantitativo* al primer sistema, en cuanto pretende encontrar en español sílabas largas con valor doble al de otras sílabas, las breves. Censura don Alfonso a Luzán, a Hermosilla y a Sinibaldo de Mas por sostener la cantidad en castellano. Pero no se atreve a atacar a Villegas y a Rubén Darío, quienes también encontraban cantidad en nuestra lengua.

Méndez Plancarte llama *cuantitativo-acentual* al segundo sistema latinizante, que se basa en el esquema prosódico de los metros latinos, pero sustituye los “pies cuantitativos” por “pies acentuales”. Estos colocan sílaba acentuada donde en latín hay sílaba larga predominante. Tampoco este sistema complace a don Alfonso, pero no explica quién lo sostiene, aunque habla allí de la “imitación sajona”.

Al tercer sistema, don Alfonso lo llama *silábico-acentual*. Consiste en no tener en cuenta la cantidad larga o breve de las sílabas latinas o castellanas, sino en seguir la regla de oro de la métrica silábico-acentual que, según lo dicho, fue enunciada en el siglo XVI por el Pinciano: “Consideremos el número de sílabas que tienen y las partes donde ponen sus acentos, y haremos sus versos (latinos) nuestros.” Y don Alfonso cita en su abono a Leandro Moratín y a Milá y Fontanals.

Pero sobre todo, Méndez Plancarte invoca lisa y llanamente en favor de su sistema al Carducci de las *Odi barbare*. Y nada tengo que objetar a ello, si no es la radical diversidad con que Carducci elaboró, por una parte sus estrofas latinizantes (sáficas, alcaicas, asclepiadeas et alias) y, por otra, sus hexámetros.

Es indudable que Carducci siguió el sistema silábico-acentual en sus estrofas. Pero, según consta en su *Correspondencia*, ora a su íntimo Giovanni Chiarini, ora a Adolfo Borgognoni, el poeta buscaba ex professo en sus hexámetros italianos “un cierto acuerdo de los acentos que corresponden, por lo demás, a los seis pies de la métrica antigua”. Este acuerdo es justamente, la esencia del sistema cuantitativo-acentual que rechaza don Alfonso. Y Carducci añade: “No veo por qué, lo que se ha hecho con el duro y pesado alemán, no puede hacerse con el flexible italiano. Y pasando del dicho al hecho, cita y traduce al italiano varios poemas de August von Platen y de Klopstock. Y así es como persiste en la escena carducciana el sistema cuantitativo-acentual, cuya “imitación sajona” tanto repugnaba a don Alfonso.

En consecuencia, a causa de su imitación de los pies latinos con acentos italianos, y a causa de su imitación sajona, Carducci sigue en los hexámetros frecuentemente el sistema cuantitativo-acentual.

No nos debe extrañar, si *quandoque bonus dormitat Homerus*,

este parpadeo de don Alfonso al creer a Carducci opositor del sistema que en realidad practicaba en los hexámetros, si también Gili Gaya, según anoté, cabeceó (¿o se vengó?) al convertir al Pinciano en enemigo del sistema que en verdad había fundado.

¿Quiero decir, entonces, que hasta el sagaz Alfonso Méndez Plancarte naufragó sin remedio en el mar de confusiones de la métrica latinizante que ha traído a mal traer a tantos ilustres críticos literarios?

Disto mucho de creerlo. El poeta que trasladó al castellano todo el *corpus* de la métrica horaciana, genuina apoteosis de ritmos, no pudo sostener su error por mucho tiempo. Yo estoy seguro de que en los nueve años que dedicó don Alfonso, después de estas *XL Odas*, a aquella vasta *Métrica Hispano-Latinizante* y a aquella *Teoría General del Ritmo*, interrumpidas ambas por la *pallida mors*, debió haber rectificado su posición al leer los términos de la mencionada *Correspondencia* de Carducci.

Por ello, me limito a señalar que los Preámbulos a las *XL Odas selectas* no pueden considerarse como material definitivo, y mal hará quien pretenda *iurare in verba magistri* sobre las páginas de un pequeño ensayo en que se anuncia un vasto libro en *preparación* (la *Métrica*), que iba a contener “La evolución histórica, los fundamentos, las realizaciones y posibilidades, y cuanto atañe a este tema interesantísimo y todavía casi virgen”.

Una vez desaparecido don Alfonso, y sin poder acceder siquiera a los manuscritos que dejara a su muerte, el autor de este ensayo ha elaborado hace ya siete años una *Métrica latinizante en lenguas modernas*, que se apresta a ver la luz bajo la doble águila de la UNAM. Poco tiempo le falta ya para ceñirse al *nomunquam prematur in annum*. En ese libro estudio ampliamente ciertos aspectos de la adaptación de los metros latinos al español, al italiano y al inglés que poco o nada trata Méndez Plancarte, y que resultaron ser las claves de mi rectificación a la tesis exclusivamente silábico-acentual del mismo.

La herencia de Méndez Plancarte

Desde luego, acepto encantado que las estrofas latinas no hexamétricas suelen adaptarse a las lenguas modernas conforme al sistema silábico-acentual de don Alfonso (3o.). Admito también su tesis de que la métrica puramente cuantitativa (1er. sistema) es demasiado difícil en castellano, si bien no lo creo imposible, como tampoco lo creía Rubén Darío.

En cambio, creo que a lo largo de la historia de la literatura posrenacentista se han escrito casi tantos hexámetros cuantitativo-acentuales cuantos silábico-acentuales, según mostraré brevemente. Y resulta claro que muchos hexámetros modernos pueden con comodidad analizarse conforme a uno u otro sistema.

Por consiguiente, sostengo que es tan válido el sistema cuanti-

tativo-acental como el silábico-acental en la versificación latinizante especialmente en el hexámetro. Y que en las estrofas es realizable, aunque insólito.

Para fundamentar la validez del sistema cuantitativo-acental en el hexámetro neolatino, me fundamento en la amplísima vivisección de variantes acentuales del hexámetro latino que he presentado en mi citada *Métrica latinizante*.

En ninguna de las varias docenas de esquemas acentuales que he encontrado en los hexámetros latinos, aparece la acentuación que podría llamarse *dactílica pura*, o sea, en las sílabas 1, 4, 7, 10, 13 y 16, como en *Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda*. Y ello se debe a una cuestión de principio: los poetas latinos evitaban sistemáticamente que coincidiera el ictus rítmico (semejante al inicio de compás musical) con el acento prosódico, o sea, el propio de cada palabra.

Más aún, apenas uno de cada cien hexámetros latinos suele tener seis acentos. Lo establecido en latín es distribuir los seis pies dactílicos con sus variantes espondeicas en cinco cláusulas acentuales.

Y, ¿qué sucede en los más memorables poemas hexamétricos de lenguas modernas? Abundan los hexámetros de seis acentos rítmicos. Y son frecuentes los que incluyen cinco pies dactílicos acentuales antes del disílabo grave final, peculiar de todo hexámetro.

Célebres hexámetros cuantitativo-acentuales

Los más peculiares hexámetros que imitan en lenguas modernas los pies cuantitativos latinos con cláusulas acentuales son, según he afirmado, los *dactílicos puros*. En su forma más nítida no son

demasiado abundantes y, sobre todo, *nunca aparecen en serie continua* en los grandes poetas, sino siempre alternando con hexámetros dactílico-espondeicos. Pero, *procul dubio*, suelen ser los hexámetros más célebres. Y son cuantitativo-acentuales irreducibles al sistema silábico-acental, pues, como he dicho, su acentuación resultaba defectuosa para el oído latino.

Recordemos algunos.

Los más conocidos son los de la *Salutación del optimista*:

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda...

Tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes...

Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos...

Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros...

Son también peculiares los del poema hexamétrico *In memoriam B. Mitre*, como:

Súbita y mágica música oyese en fúervidos ímpetus.

Son marmóreos los hexámetros dactílicos puros de los Tritaélegos a *Artemisa* de Carlos Sabat Erasty:

Temo prudente mi pulcro, mi sacro, mi amor ya decirte...

Suave la virgen floresta velada de plata, serenes...

Hórridas sombras fantásticas, vastas el bosque enmudecen...

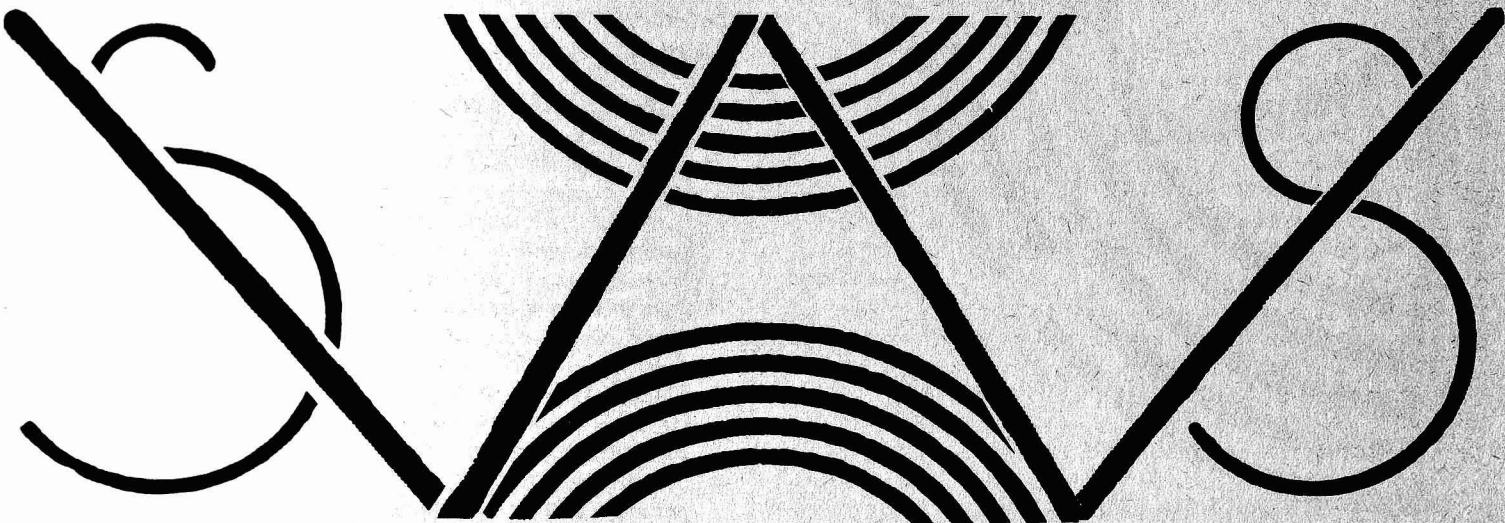
Ágiles ríos melódicos nieblas dolientes levantan...

Fúlgida, limpia, renueves olímpicos, claros prestigios...

Lírico y áureo crepúsculo, suelto, tu paso apresura...

Mas queden músicas tuyas, altísimos vuelos perduren...

Y Alfonso Reyes, dentro de la polirritmia entonada. *En la tumba de Juárez*, incluye estos hexámetros inconfundiblemente dactílicos:





*Luzcan de día los astros sus cinco fulgores de oro,
oigan la misma plegaria, presente de labios paternos. . .
Vengan de lejos las gentes cantando los innumerables. . .*

Sin pretender agotar la lista, anota sólo dos hexámetros cuantitativo-accentuales del propio Alfonso Méndez Plancarte, paladín del sistema silábico-accentual. (¿Qué necesidad tenía de escribir que sólo era válido su tercer sistema?). Sin duda éstos son los “ocasionales frutos armoniosos” que se vio obligado a reconocer en sus *Preámbulos*:

Ha de azotarte un turbión de corceles de cascos sonantes. . .
(Epodo XVI)
Por donde lúbrico el Símiois corre y el breve Escamandro. . .
(Epodo XIII)

Si pasamos a los hexámetros de las *Odi barbare* de Carducci, encontramos que muchos no están reproducidos conforme los perciben los oídos “bárbaros”, o sea, no romanos. De ello resulta que no son hexámetros *bárbaros*, o sea, silábico-accentuales, sino *cultos*, o sea, cuantitativo-accentuales.

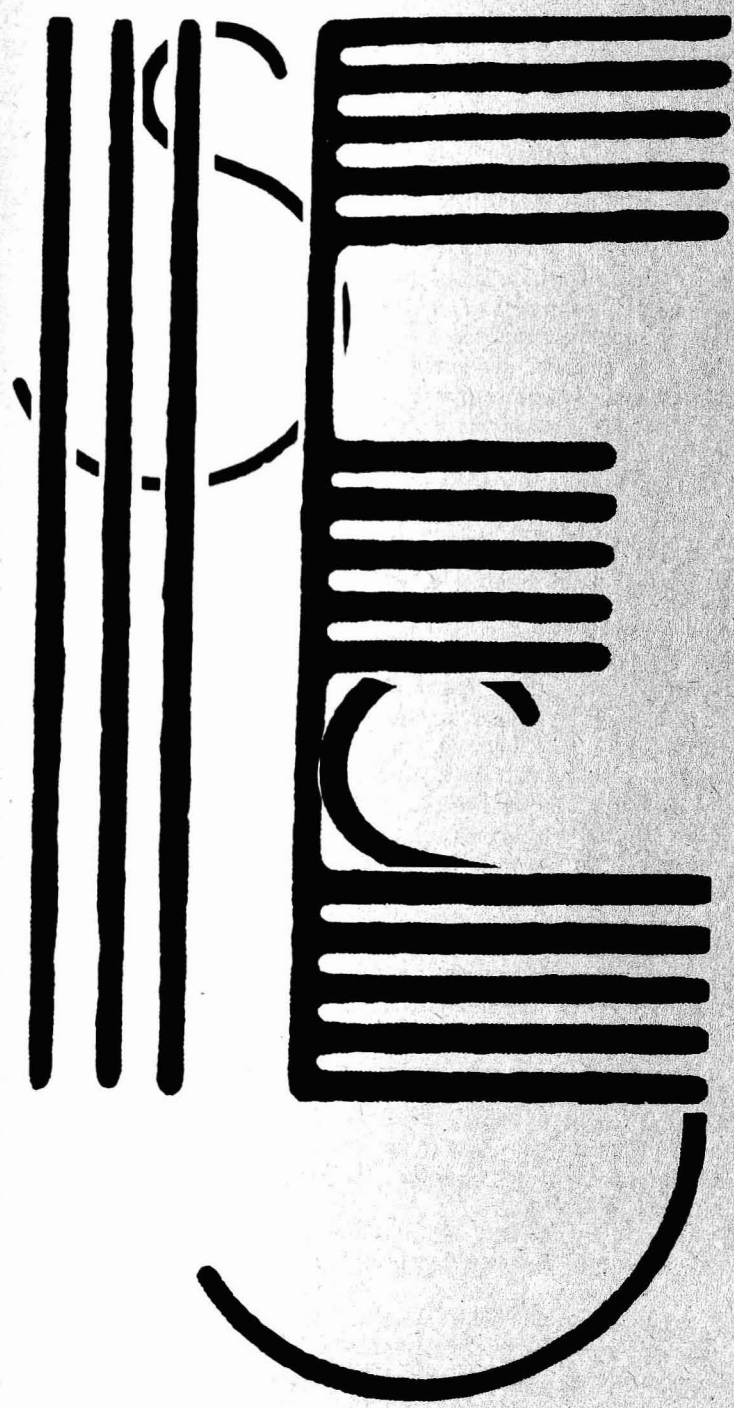
Y llamo *cultos* a los hexámetros cuantitativo-accentuales porque proceden de la reflexión del poeta, quien descubre una semejanza entre cláusulas cuantitativas y cláusulas accentuales y da a los acentos de las lenguas modernas no el simple oficio de matizar palabras individuales, sino el rango de índices del acento rítmico o *ictus*, que era el acento que en realidad contaba en la versificación clásica. El *ictus* solía marcarse intensivamente, en tanto que el acento prosódico, sólo tónicamente.

Léanse ahora algunos hexámetros *dactílicos puros* de Carducci. Los acentos van donde debe ir el *ictus* rítmico. Por ello son cuantitativo-accentuales:

Cingimi, o Roma, d'azzurro, di sole m' illumina, o Roma. . .
Passi a i concilii de l' ombre, rivegga li spiriti magni. . .
Bacio di luce che inonda la terra, mentre alto ed immenso. . .
Mentre domate i ribelli, gentil con la mano chinando. . .
Dormono a' pie qui del colle gli avi umbri che ruppero primi. . .
Dormon gli etruschi co' l lituo con l' asta con fermi. . .
Dormon con gli ultimi nostri. Fiampeggia il meriggio sul colle. . .
Fresche a voi mormoran l' acque pe' l florido rivo scendenti. . .
Putridi squagliansi i serti d' intorno i nostri unidi teschi. . .

¿Para qué seguir la enumeración? Sería interminable. Los hexámetros abundan en las *Odi barbare*, no menos que en el volumen *Rime e ritmi*.

Puede cerrarse la enumeración de hexámetros dactílicos puros en lenguas modernas con tres hexámetros de *Evangeline*,



tan dactílicos como el primero ya citado *This is the forest primeval...*

speaks, and in accent disconsolate answers the wail of the forest...

Ye who believe in affection that hopes, and endures, and is patient...

List to the mournful tradition, still sung by the pines of the forest...

No deja de ser curioso que todos los hexámetros enunciados hasta aquí, considerados como perfectos en lenguas modernas, jamás han correspondido a la acentuación de un hexámetro latino. Porque no se trata de hexámetros *bárbaros* imitados de oído, sino de hexámetros *cultos*, al mismo tiempo pensados y sentidos.

Y al no usarse habitualmente los hexámetros dactílicos en serie continua, se libran de la acusación de "exotiquez y sonsonete insoportables" que les lanza Espinosa Pólit. Por el extremo opuesto, Highet acusa al hexámetro moderno de que por sus pies acentuales desiguales tiene que cojear necesariamente. Así, el hexámetro entra en la serie de objetos tan complejos, que son víctimas de ataques desde un extremo y también desde el opuesto, a causa de que quien los ataca no tiene en cuenta todos los aspectos de la cuestión.

Y si es habitual entre poetas y expertos dar a las cláusulas acentuales nombres de cláusulas cuantitativas (dactílicas, anapésticas, enfibráquicas, trocaicas y yámbricas), no menos que sustituir a éstas con aquéllas, nadie puede sensatamente arrogarse el derecho de calificar de "arbitrario" ni de "híbrido" a un procedimiento amado por los mayores poetas de Europa y de América, no por ser fácil ni difícil, sino por ser lógico.

Confirmará la validez del sistema cuantitativo-acental una enumeración de hexámetros de lenguas modernas que, teniendo también diecisiete sílabas, no son dactílicos puros, pero sí lo son en su mayor parte. Tampoco esos hexámetros se identifican acentualmente con ningún hexámetro latino. Son también, sin alternativa posible, cuantitativo-acentuales; cuando mucho podrían ser cuantitativos, pero no son silábico-acentuales.

A este número pertenecen varios de los hexámetros de Villegas, tales como:

*Lícidas y Coridón, Coridón el amante de Filis,
pastor el uno de cabras, el otro de blancas ovejas...
Suenan la dulce quelis, dame pie, que tu cítara siga...
Progne la mente grave, Venus arde, la fuente susurra...
Mas, Coridón, ¿qué temas, Coridón, si ya quiere Fenisa?*

Y, sobre todo, es cuantitativo-acental el hexámetro nueve veces



repetido:

Mueve, sonora Clío, dale voz a mi rústica Musa.

Y en Rubén Darío también abundan los hexámetros de diecisiete sílabas y seis acentos, inexistentes en latín. Tales son:

*Sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas. . .
Sientan los soplos agrarios de primaverales retornos. . .
Yo, que de la argentina tierra siento el influjo en mi mente. . .*

Podrían enumerarse después aquellos hexámetros que, por sujetarse a un esquema obsesivo, tiendan más al sistema cuantitativo-acental que al silábico-acental. Con más razón si encierran seis acentos, lo cual es raro en el hexámetro latino y abundantísimo en el de lenguas modernas. Pero ello no hace falta para nuestra argumentación.

Y Darío cuenta también hexámetros que, además de tener seis acentos, insólitos en latín, llegan hasta 18 y 19 sílabas, en vez del máximo de 17 permitidas en latín. Esos son los hexámetros hipermétricos, no más cuantitativos que silábicos.

*Recordando el hexámetro que vibraba en la lira de Horacio. . .
Y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron. . .
Muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo. . .
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo. . .*

Conclusiones

De todo lo expuesto se deriva que:

1. El hexámetro en lenguas modernas es el verso que cuenta con mayor flexibilidad, y por ello puede hermanarse bellamente con toda clase de versos libres.

Así, he encontrado hexámetros involuntarios en Carlos Pellicer. ¿O derivan quizá de la *Salutación del optimista*?

*Tu espíritu sacude los huertos coronados de frutas
y tu sutil presencia aligera los gajos hinchados. . .
Y haces rodar las últimas piedras bajo los Andes. . .
Sacúdelos como a los árboles a tu paso divino. . .
(de Estrofa al viento del otoño)*

Y también he encontrado hexámetros (¿igualmente involuntarios?) de Octavio Paz:

*En la balanza de unos párpados el sueño no pesa
(de Refranes).*

*Mundos de imágenes suspendidos de un hilo de araña
(de Semillas para un himno)
Como el viento partiendo en dos la cortina de nubes
(Ibidem).*

2. Es valiosa la división de Alfonso Méndez Plancarte de la versificación latinizante en sistema cuantitativo, sistema cuantitativo-acental y sistema silábico-acental, pues con ello se evita que se enfilen contra la versificación latinizante en bloque las objeciones pensadas contra uno de los tres sistemas.

3. Pero nadie tiene por qué dictar sentencia contra ninguno de esos tres sistemas de poesía latinizante, a causa del axioma perogrullesco de que se puede hacer arte bajo cualquier premisa y con cualquier procedimiento, siempre que se tenga talento artístico. Y, más aún, hay hexámetros que no dan pie para dictaminar bajo cuál de los tres sistemas militan.

4. En conclusión final: el hexámetro dactílico, medida exclusiva de todas las epopeyas de Homero, Virgilio, Lucano y Ovidio, de las *Epístolas* y *Sátiras* de Horacio y, junto con el pentámetro, de todos los poemas elegíacos romanos, sigue siendo en lenguas modernas el metro más monumental de que dispone la métrica. Es más flexible que el alejandrino, más amplio que el endecasílabo heroico, y más gallardo que el doble octosílabo.

Y aún así, no sostengo que deba ser preferido a los demás metros, sino sólo subrayo que al hexámetro deben las lenguas modernas la majestad de la *Salutación del águila*, de la *Salutación del optimista*, de *In memoriam* y del *Canto de Varo a Roma*, todos de Darío, los poemas líricos y heroicos de Guillermo Valencia y de Carlos Sabat Erasty; el vasto idilio *Evangelina*, de Longfellow; los magníficos poemas de las *Odi barbare* y de *Rime e ritmi*, de Carducci; el *Messias* de Klopstock y las *Römische Elegien* de Goethe.

Por ello, sería inadecuado traducir los poemas hexamétricos griegos y latinos en un metro diverso del original, pues sería como caminar con zuecos al lado de quien calza coturnos.

Ya cuenta nuestra lengua con hexámetros virgilianos debidos a Rubén Bonifaz Nuño, a Sinibaldo de Mas y a Juan Gualberto González; con hexámetros horacianos debidos al mismo González, a los Plancarte y al autor de este ensayo; con hexámetros de Catulo burilados por Bonifaz; de Lucrecio labrados por Gabriel Méndez Plancarte.

Y en nuestro Centro de Traductores de Lenguas Clásicas ya se anuncian más versiones hexamétricas: de Ovidio, Marcial, Tibulo, Hesíodo, Lucano y Séneca.

Y así continuaremos construyendo en nuestra lengua arquitecturas métricas similares a las griegas y romanas, a fin de alojar dignamente en ellas al aliento eterno del Clasicismo.